

# PINCELADAS.

**R**EINA en no pocos la creencia de que la obra de arte es muchas veces fruto exclusivo del genio, es decir, que en ella no intervienen para nada las reglas ni los principios á que está sujeto el modelo consagrado por la crítica oficial; que el artista, entregado á sí propio, salvando todo precepto, y por mera virtud de su facultad creadora y de su inspiración poderosísima, dá vida á su obra y llega á causar en nosotros la deleitable emoción que la belleza produce.

Aplicando este credo al arte literario, fácil es comprender que ya puede cualquiera presentarse como aspirante á literato; que al fin, para serlo, maldita la necesidad que hay de someterse á ley alguna que dé al sentimiento forma artística, bastando la fuerza de una fantasía más ó menos ardiente, para hacer desfilan ante el contemplador esa multitud de personajes extraordinarios, de cosas inverosímiles, que algunos poetas y novelistas de ahora han hecho venir de ignorados mundos, todo lo cual, á juicio de los que siguen sin reservas el movimiento literario de la escuela novísima, constituye el mérito de la concepción artística, por más que sea sólo el producto desordenado de una imaginación calenturienta.

Y ya que de versos se trata—decíamos una vez refiriéndonos á un poeta—necesario es decir que en esta época de turbulencia intelectual, todos escriben, hasta los que admiran á Valbuena. El que no nace escritor, se hace con la mayor facilidad; de modo que la literatura es hoy algo así como *moneda corriente en uso diario*.

Gaspar Núñez de Arce y Benito Pérez Galdós no son, segurament, mas que dos puntos de unión de la cadena zoológica, y, en último análisis, tal vez no han dado al espíritu humano mayor lustre que todos esos geniecillos con mirada de águila, que aspiran á llenar el mundo con su celebridad y con su nombre. Y en efecto ¿por qué no producir algo parecido á *Gritos del Combate* y á *Episodios Nacionales*? . . . Más nosotros creemos, aceptando el parecer de los que dicen que *antes de escritor ó erudito hay que ser artista*, que gran parte de la nueva generación de poetas y novelistas que hoy se levanta carece de originalidad, lo cual puede verse estudiando el fruto de esas jóvenes inteligencias, que no pocas veces han enternecido al mundo con sus lamentaciones.

Sin embargo, no queremos que se ponga en práctica lo que deseaba Montaigne, quien en cierta vez, decía: "Debe haber coerción de las leyes contra los escritores ineptos é inútiles. En este caso yó y otros muchos seríamos desterrados de las manos del pueblo. La abundancia de malos escritores es en cierto modo el síntoma de un siglo desbordado . . . ¿Cuándo escribieron tanto los romanos como en tiempo de su ruina?"

Preciso es confesar que nosotros, sin estar en ruina, andamos muy mal en cuanto á literatura, y sólo falta que con el *decadentismo* nos invada también el asqueroso y repugnante *naturalismo* de Zolá. Queremos á la humanidad bien vestida y no harapienta. Cuando se aplauden libros del género de *Teresa Raquin* y *L' Assommoir*, se está muy cerca de producir obras como *Beggar*, comedia del cínico Gay, en la cual, según M. de Chateaubriand, figuran como protagonistas un ladrón y una ramera.

Pero si en la obra de arte como el drama, la novela ó el poema, hemos retrocedido, en cambio, tenemos una prensa periódica que se pierde de vista, que marcha harmónica con los progresos del siglo. Pasmados quedarían nuestros abuelos si vieran la diferencia que hay entre sus gacetas y los diarios nuestros de ahora. En aquel tiempo, el mérito de la hoja consistía en aparecer con la indispensable crónica parlamentaria y tres ó cuatro artículos llenos de sentimentalismo y salpicados de doctrina que apenas si sabían apreciar algunos doctos allá en la quietud del gabinete, mientras que hoy, las cosas pasan de muy distinta manera: vivimos en un siglo en que el vapor y la electricidad nos hacen ir tan de prisa, que muchas veces no hay tiempo ni de pararse á reflexionar. El periódico entra á todas partes, habla de todo y á todos proporciona la noticia fresca, el informe del suceso reciente que devoran con avidez, lo mismo el erudito y el banquero, que el menestral; resultando así exacto el dicho de los que afirman que la prensa moderna es el *motor universal*, el *árbitro* de los pueblos, el *mentor cosmopolita* que con rapidéz vertiginosa esparce diariamente sobre la superficie del globo la civilización y el progreso.

Increíble parece el prodigio de labor intelectual que entre nosotros puede realizar un periodista. En un sólo día, por ejemplo, escribe sobre política interior y exterior; hace